

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

LA BOMBA GROMYKO

La decisión unilateral de la U. R. S. S. anunciando al mundo su propósito, condicionado, de suspender las experiencias encaaminadas a la explosión de bombas nucleares, ha generado un tan intenso y extenso diluvio de apostillas que resulta tarea difícil el agregar una glosa más a las incontables dedicadas a comentar tan espectacular sugerencia. La circunstancia de que la citada noticia haya coincidido con la acumulación de un gran volumen de protagonismo político en la persona de Nikita Serguelevitch Khrushchev, hace suponer que tal fortalecimiento de la autocracia pueda constituir preanuncio de otras medidas no menos espectaculares. Si tal posibilidad se torna realidad será, una vez más, puesta a prueba la capacidad maniobrera del mundo libre para hacer frente a esas iniciativas rusas, réplicas que tendrían como indudable finalidad la de lograr su posible atenuación o neutralización y, como aspiración máxima, la de superarlas. Pero si encuadramos el problema planteado reduciéndolo a una disensión más entre el mundo libre y el satelitizado, corremos el grave riesgo de percibir claramente la existencia de los pinos e ignorar que éstos, en su conjunto, constituyen un dilatado bosque, y en vez de encarar el problema desde un ángulo visual que nos permita abarcarlo en su inmensa y perceptible complejidad dialéctica, nuevamente nos limitamos a encarar aquello que de modo próximo se ofrece a nuestra consideración, una vez más caeríamos en la zona angustiosa del inmediatez. Ello quiere decir que allí donde hace acto de presencia ese fenómeno postbélico de la complejidad en progresivo incremento, si nos departimos de un mínimo sentido de realismo, parece no

restarnos otra salida que la de vernos atezados por la perplejidad.

Las precedentes consideraciones y las advertencias de que son portadoras, acaso concurren en el sentido de esclarecer —aun cuando sea condicionadamente— el confuso problema que estamos encarando, sobre todo si establecemos conexión con el reproche que desde algunos sectores del mundo occidental se formula respecto a cuáles puedan ser los designios de la U. R. S. S. al hacer pública la citada sugerencia. Se asevera que Rusia, una vez más, lo que persigue no es otra cosa que el reiterar su ya conocido sistema de la propaganda, dirigida, en desigual medida, a los ciudadanos rusos y a los habitantes del mundo libre. Los dirigentes rusos (perdónese la pluralización, que pudiera parecer inadecuada tras el reciente fortalecimiento de la autocracia, que tanto beneficia a Khrushchev) saben perfectamente que el éxito de la propaganda no depende tanto de la habilidad dialéctica o del criterio lógico que puedan servir de inspiración a quien la respalda, cuanto de una acertada y casi siempre forzada simplificación de problemas que son portadores de acentuada complejidad. Por ello, nadie mejor situado que los dirigentes moscovitas para manipular ese artificio productor de las grandes simplificaciones, tarea tanto más factible cuanto que sobre los huéspedes del Kremlin no pesa la ardua tarea que implica el pecar a la opinión de la U. R. S. S. de la razón de ser de una medida; tarea de convencimiento innecesaria en un país donde todo se decreta, incluso el preanuncio de lo que después será descontada unanimidad de los votantes. Desentendidos de tal preocupación, los que imperan en Moscú pueden reservar íntegras sus facultades polémicas para confeccionar *slogans* destinados a la exportación. Es así como, a nuestro parecer, nos aproximamos a lo que pudiera ser adecuada interpretación en lo que atañe a la significación y alcance de la citada propuesta Gromyko. Esta apreciación, que formulamos a título provisional, pretendemos fortalecerla con las consideraciones que seguidamente brindamos al lector de esta REVISTA.

Rusia, atendida a su condición de entidad política monolítica, sabe que semejante modalidad puede verse afectada por dos amenazas: una, descartable, generada por la aparición de disidencias en el seno de la U. R. S. S., otra, más verosímil, originada por un posible movimiento de agregación, registrado entre sus oponentes, situados más acá del telón de acero. Rusia, a caballo

de ese centripetismo autocrático, visiblemente instaurado en la U. R. S. S., percibe claramente hasta qué punto el visible centrifugismo imperante en el seno del mundo libre resulta ineficiente frente al autoritarismo drástico vigente en Moscú. De ahí que en la misma medida en que intenta prorrogar y, si fuese posible, fortalecer su monolitismo, dirija sus esfuerzos a incrementar las inclinaciones centrífugas en estado de realidad o de latencia en el mundo libre.

Ese desequilibrio polémico de dos frentes dialécticos, acaso aún más peligroso que el específico desequilibrio fáctico, sirve adecuadamente los designios rusos, por cuanto contribuye a mantener en vigencia esta situación postbélica fáctica, que depara a Rusia, al propio tiempo que adecuada libertad de maniobra, excelente punto de partida para extender a lo largo y a lo ancho del mundo su cruzada proselitista. Todo cuanto contribuye a incrementar el estado de indefensión o de inadecuada potencia del mundo libre, en la misma medida depara a Rusia coyuntura para robustecer su política internacional, inspirada en la retención del monopolio de las iniciativas, y la historia nos alecciona cumplidamente en el sentido de que lo decisivo en materias de política internacional radica en la posibilidad de acaparar las sugerencias. Ya lo había percibido genialmente Demóstenes, 361 años antes de Jesucristo, al referirse, en una de sus Filípicas, a la lucha que mantenían, de un lado Filipo de Macedonia y, de otro, los atenienses, limitándose estos a marchar al compás de la iniciativas del padre de Alejandro Magno. De esta enseñanza, tal vez sin conocer ese famoso pasaje de Demóstenes, retiró evidente provecho Inglaterra al vincular su tradicional política internacional al sistema de la *Balance of Power*, con cuyo artilugio logró, a lo largo de cuatrocientos años, perfilar la política internacional europea en función de la intrincada iniciativa británica, y si el viejo mundo continental durante cuatro siglos actuó, acaso sin percibirlo, como inconsciente instrumento de las iniciativas británicas, nada tendría de sorprendente que ahora se reiterase la experiencia reemplazando Rusia a Inglaterra en ese papel rector cuatrisecular.

Debe valorarse adecuadamente la reciente sugerencia de Gromyko no sólo ateniéndonos a su específico contenido, sino refiriéndola el momento histórico en que se exterioriza. Estamos asistiendo a un lento proceso que se dice anteceder a negociaciones posibles entre el Este y el Oeste. Hasta el presente no ha podido

establecerse coincidencia en lo que atañe a los problemas que habrá de ser objeto de análisis, en lo que respecta a la prelación de los mismos y en lo que hace relación a las cuestiones que habrán de encararse. Pero ello no obsta para que carguemos el acento sobre uno de los aspectos del problema, a saber, que en esta etapa de prólogo el sistema de la profusión epistolar del hoy arrumbado Mariscal Bulganin, fué desplazado y reemplazado por una propuesta de tipo concreto que se formula intencionalmente con el designio de ofrecer al mundo la apariencia de que Rusia, anticipándose a los acontecimientos y produciéndose con extraña singularidad, propone brindar puntos de apoyo que contribuyan a situar uno de los problemas pendientes de solución (el concerniente al desarme), de tal modo que su iniciativa, anteponiéndose a las que verosíblemente podrían correr a cargo del mundo libre, le permite retener en sus manos lo que pueda ser la batuta en ese concierto inarmónico que se preanuncia.

Acaso alguno de los intérpretes del problema internacional con el cual nos encaramos piense que frente a la iniciativa siempre queda el recurso de la adecuada réplica, y como nos enseña reiteradamente la experiencia histórica, suele, en definitiva, resultar más eficiente que aquélla, e incluso situar en manos del replicante el auténtico protagonismo, por cuya posesión luchan los disidentes. Así establecemos conexión con una tesis adecuadamente explanada por Toynbee, y que el gran historiador británico denomina sistema ancestral del reto y la réplica. El reto, habitualmente, proviene del audaz, de aquel que aspira a realizar una política internacional, dinámica y expansiva, empujado por la ambición de instaurar su poder a escala universal, y casi siempre ese ademán constituye la antesala de los imperios en trance de ocaso. Ahora bien, la imagen de Toynbee no parece adecuado aplicarla al instante internacional presente, ya que una cosa es la iniciativa y otra muy distinta el reto, por cuanto el segundo encarna una posición de claro, evidente e inaplazable desafío, en tanto la primera es más cauta, menos fácilmente perceptible en sus propósitos, envuelta confusamente en lo que atañe a sus designios, y, por tanto, más fácilmente susceptible de alcanzar el éxito, no siempre referido al reto; por cuanto este último siembra la alarma entre los desafiados, acentúa el instinto defensivo y, por tal motivo, corre evidente riesgo de ser eliminado por la réplica, so-

bre todo si ésta se produce de modo unánime entre los amenazados.

Todo lo que antecede, acaso defendible como tesis, podría llevar al ánimo del mundo libre la impresión, si no de seguridad en lo que atañe a un posible epílogo, cuando menos podría deparar determinada tranquilidad y atenuar la natural aprensión de los amenazados, constituyendo así un leve consuelo brindado a los explicablemente alarmados. Pero todas las procedentes consideraciones no creemos afecten al planteamiento del problema, ya que, en definitiva, no podríamos sustraernos a los efectos de una evidencia, cual es que, tanto el mundo occidental, genéricamente considerado, cuanto los Estados Unidos (encarnando estos últimos la fuerza máxima en el seno del mundo libre) siguen actuando internacionalmente, obsesionados por la idea de mirar hacia el activismo ruso; tal política internacional, al dictado indirecto de Rusia, se consideró, al menos hasta el presente, como de imposible reemplazo, tesis de la cual nos ofrece testimonio James Burnham («Containment or Liberation?» New York. The John Fay Company, 1953), cuando dicho contradictor de George F. Kennan escribe: «Para los Estados Unidos, su política exterior significa actitud internacional respecto del comunismo y de la Rusia soviética. La elección norteamericana —sigue diciendo Burnham— está limitada a tres posibilidades: apaciguamiento, contención o liberación. Fuera de este tríptico, ¿qué otra política internacional pueden practicar los Estados Unidos? La carencia de política internacional.»

Las anteriores apreciaciones se nos antojan sobradamente aleccionadoras, ya que del contenido de las mismas se deducen dos consecuencias, igualmente relevantes: *a*), que los Estados Unidos han de construir su política internacional en función de las iniciativas soviéticas; *b*), que la reacción norteamericana está encuadrada por el tríptico de apaciguamiento, contención o liberación, y que, fuera de esos términos, no existe posibilidad de elección. Al propio tiempo, parece adecuado consignar que las tres posibilidades que, según Burnham, se ofrecen a los Estados Unidos no pueden ser practicadas simultáneamente, ya que por su respectivo contenido excluyen toda posibilidad de coetaneidad. Ello quiere significar que los Estados Unidos han de concentrar toda su capacidad polémica y percatante en la tarea de replicar a las iniciativas soviéticas, y así, condicionada su actitud, no restará espacio

para la posible articulación de una política internacional positiva. El ministro ruso de Relaciones Exteriores, Gromyko, ha presentado su citada ponencia sobre el problema de las armas nucleares, en la cual, sustancialmente, se dice lo que sigue. «La Unión Soviética, desgraciadamente, es el único país entre los que detentan las armas atómicas y termonucleares, dispuesto, sin reservas, a signar un acuerdo poniendo término a las explosiones experimentales de las bombas A y H. Nos damos cuenta de que el cese de las experiencias nucleares no descarta totalmente el peligro de una guerra atómica, por cuyo motivo declaramos con toda claridad que nuestro principal objetivo se cifra en un acuerdo con las otras potencias sobre la prohibición incondicional de todos los tipos de armas A y H, el cese de su fabricación y la destrucción completa de los depósitos existentes de dichos ingenios, realizada con el adecuado control».

Después de sugeridas las anteriores propuestas, Gromyko hizo la siguiente declaración: «El Consejo de ministros de la Unión Soviética somete al examen del Soviet Supremo la propuesta concerniente al cese unilateral por la U. R. S. S. de la producción y ensayos de todos los tipos de armas atómicas y de hidrógeno, en cuanto primera medida en esta dirección. Al formular tal propuesta, el Gobierno soviético espera que los Estados Unidos y la Gran Bretaña se adherirán a esta decisión de la U. R. S. S. y aportarán de ese modo su contribución a la limitación de la carrera de armamentos nucleares y a la disminución del peligro de una guerra atómica. Si los Gobiernos en posesión de armas nucleares no responden a la iniciativa de la U. R. S. S. y prosiguen sus experiencias, la Unión Soviética deberá obrar en el futuro en el terreno de las experiencias nucleares, teniendo en cuenta el interés de su seguridad.»

De los párrafos que anteceden se deduce que Gromyko, en la primera parte de su declaración, sugiere la adopción de cinco medidas, que, adoptadas, equivaldrían al destierro de las armas nucleares, ya que Gromyko sugiere: primero, prohibir las explosiones experimentales de tales armas; segundo, vedar todo tipo de armas A y H; tercero, cesar en su fabricación; cuarto, completa destrucción de los «stocks» existentes; quinto, adecuado control de las medidas precedentes. Pero nótese que en la propuesta formulada por el Consejo de ministros de Rusia, ante el Soviet Supremo, se hace alusión tan sólo al primero de los extremos

referidos (cese unilateral, por parte de Rusia, de las explosiones experimentales de las bombas A y H), aun cuando se hace constatar que ello constituiría punto de partida, antecedente necesario para aceptar sucesivamente las otras medidas.

Las reacciones provocadas en el mundo libre por esa iniciativa soviética —como lo hacemos notar en la parte inicial de estos comentarios— se centraron en el examen de la primera de las cinco enumeradas propuestas, y parece evidente que ese propósito ruso de cesar unilateralmente las explosiones experimentales nucleares, se supedita a la condición de reciprocidad, si puede así constituir acto inicial de más amplias realizaciones, intrínsecamente considerado, no parece alterar sustancialmente el grave problema que plantea la posible utilización, en caso de guerra, de las bombas A y H. Puede tal vez formularse una objeción haciendo notar que si entrasen en función las cinco medidas que la U. R. S. S. sugiere, prácticamente se habría eliminado del mundo el explicable terror que inspira una posible guerra atómica. Ahora bien, eliminada esa terrible amenaza, ¿se habría posibilitado una posible avenencia entre los dos mundos disidentes? ¿Estaríamos instalados en la antesala de la paz? Es lo que interesa considerar. Rusia se ha percatado del enorme volumen popular que está adquiriendo a lo largo y a lo ancho del mundo la cruzada desatomizante, y considera que se le ofrece coyuntura adecuada para desempeñar, por lo menos en apariencia, el papel de adelantado en esa difundida campaña condenatoria de las bombas A y H. Como arma de propaganda sería notoriamente efectiva, si Rusia apareciese como encarnación de la tendencia desnucleizante, y es bien sabido hasta qué punto los dirigentes soviéticos se muestran particularmente sensibles en cuanto tenga relación con la técnica propagandística, tarea que se compadece mucho con el ancestral mesianismo eslavo. Pero si abandonamos esa zona dialéctica, que tiene algo a la vez de teatral, y acaso aún más de espectacular, y proyectamos nuestra atención sobre otro aspecto del problema, las deducciones pueden ser menos imprecisas y más aleccionadoras en lo que concierne a desentrañar lo que porta en sus entresijos la propuesta soviética.

Aceptemos como evidente —a los solos efectos polémicos— que Rusia, a más de alcanzar a los Estados Unidos en la producción de ingenios nucleares —transportados o teledirigidos—, logró aventajarles, pero siempre resta otro aspecto del problema,

que sería inadecuado ignorar: la distancia que media entre las rampas de lanzamiento que pueden ser instaladas por los Estados Unidos fuera de su área nacional y el objetivo asignado a los proyectiles teledirigidos de alcance medio; en este sentido, la ventaja norteamericana es evidente, por cuanto las bases norteamericanas en Europa y Africa están mucho más próximas de la U. R. S. S. que las de Rusia en lo que hace relación a los grandes centros vitales de los Estados Unidos; en ese posible duelo, todo hace suponer que Rusia se encontraría en inferioridad de condiciones, por lo cual, si la U. R. S. S. logra el auténtico desierro y destrucción de las armas nucleares existentes, habría resuelto el problema con notorio beneficio.

No serían las precedentemente consignadas las únicas ventajas que Rusia lograría, a medio de sus propuestas, ya que en Moscú se guarda un absoluto y significativo silencio en lo que atañe a las armas convencionales, mutismo que encierra relevante significación, extremo fácilmente demostrable si tenemos en cuenta lo que seguidamente se hace notar.

Rusia, conjuntamente con sus Estados satélites, posee una evidente superioridad en efectivos militares y armas convencionales, cuando su potencial se parangona con el de la O. T. A. N. En tanto los Estados Unidos beneficiaron del monopolio en armas atómicas esta ventaja compartida, actuó como evidente elemento de disuasión, estableciéndose así un equilibrio en lo que atañe a los efectivos de destrucción al alcance respectivo de Rusia y de los Estados Unidos. En esa época del desequilibrio atómico, disponía Norteamérica de lo que en Washington se denomina un dispositivo de fuerza, que se consideraba como condición *sine qua non* para entablar diálogos con Rusia en un evidente pie de igualdad y sin complejo de inferioridad. Esta situación preferencial norteamericana se malogró cuando Rusia se liberó de lo que pudiéramos denominar su *handicap* atómico, y el equilibrio antes establecido pasó a la inexistencia. Si en la actualidad se lograra decretar la eficiente excomuni6n de las bombas A y H, tornaríamos a reanudar aquella etapa histórica, truncada al ser lanzadas las bombas atómicas sobre Hiroshima, y la hegemonía rusa tornarí a ser innegable realidad.

Es aquí donde, según nuestra opinión, establecemos relación directa con el meollo del problema, señalando la necesidad de advertir que estas cuestiones concernientes al rearme y al desarme

son portadoras de una acentuada complejidad, e intentar una sistemática simplificación de las mismas equivale a dislocarlas, y por ese camino adentrarnos aún más peligrosamente en la confusión posbélica, que sigue proyectando su influencia en cuanto factor paralizante y malogrador de todo intento orientado hacia una posible clarificación de la política internacional.

Otro aspecto del problema debe merecer nuestra atención: si bien es cierto que una posible limitación de armas convencionales y un deseable destierro de las bombas A y H contribuiría a disminuir la actual tensión internacional, no es menos evidente que este problema de los armamentos, adecuadamente valorado, es más adjetivo que sustantivo, y que el problema esencial está vinculado a la cuestión básica de poner término a la situación precaria en que vive el mundo a partir de 1945, pendiente de solución el problema alemán y prorrogándose temporalmente una situación de hecho, impuesta por Rusia al oneroso precio de sacrificar la soberanía de cinco naciones, independientes en 1939 y en la actualidad dramáticos apéndices de una autocracia, tan acentuada que no conoció plural a lo largo de la historia rusa, ya que el Imperio de los zares, no menos proselitista que el soviético, tropezaba con la existencia compensatriz del Imperio austrohúngaro y del Primer Reich alemán, hoy disuelto el primero y escindido el segundo, que, si intrínsecamente constituye un enorme *handicap* para el mundo libre, a tal condición es preciso agregar lo que ha sido complemento y resultado de la carencia austroalemana: la transformación de Estados, nacidos, renacidos o engrandecidos territorialmente al desaparecer la llamada monarquía dualista, en apéndices rusos. Este epílogo siniestro no debemos referirlo a lo sucedido en 1945; tiene más hondas raíces, que arrancan del 8 de febrero de 1918, en cuya fecha fué dado a conocer el mensaje del Presidente Wilson, entre cuyos 14 puntos se ha incluido el que lleva el número 10, así formulado: «A los pueblos de Austria y Hungría, a los cuales deseamos salvaguardar un lugar entre las naciones, deberá serles otorgado, lo más pronto posible, la posibilidad de un desenvolvimiento autónomo.» Aquella declaración equivalía a una especie de partida de defunción del Gobierno austrohúngaro; no se calibraron a la sazón las consecuencias de aquellas normas, porque Rusia, adentrada en una lucha civil, no estaba en condiciones de recoger la cosecha que ingenuamente se le brindara. El propio Wilson no percibió exacta-

mente el alcance de sus prédicas, por cuanto, en su discurso ante el Congreso de Washington de 11 de febrero de 1918, decía: «Todas las aspiraciones nacionales, bien definidas, deberán recibir la máxima satisfacción que pueda serles otorgada, sin introducir nuevos elementos de discordia o perpetuar los ya existentes, susceptibles, con el tiempo, de romper la paz de Europa y, por consiguiente, del mundo.» Inconscientemente admitía que la disolución del Imperio austrohúngaro por él respaldada, había de alterar el mapa de Europa y posibilitar la transformación del mapa danubiano en beneficio de Rusia; todo lo que en 1878 se había señalado como el fracaso del sueño de Gortchakof había de transformarse en el pleno éxito de la Rusia que nacía a la vida política en 1917.

Es así como a caballo de una serie de consideraciones que estimamos lógicamente engarzadas, y partiendo de la propuesta formulada por Gromyko, desenlazamos en las consecuencias que dejamos anteriormente sentadas, estimando que así hemos ofrecido a los lectores de esta REVISTA una interpretación que, al articularla, nos animó el deseo de inspirarla en un criterio lo más objetivo posible.

DISPERSIÓN Y CONFUSIÓN COMO ACHAQUES POSBÉLICOS

Ambiciones reintegradoras *in extremis* (casi todas de tipo reactivo), movimientos de dispersión, perplejidad en las entidades políticas recientemente manumitidas, signos demostrativos de inclinaciones marginalistas, ansias de acoplar lo que por destino y contenido parece de difícil adaptación (el neutralismo, aliado al activismo); todas esas exteriorizaciones, fácil y sucesivamente perceptibles a partir de 1945, se entrecruzan, y tales interferencias llevan al ánimo del espectador la sospecha, cada día más acentuada, de que nunca en la esfera de la dinámica política internacional se registró una tan acentuada etapa de indeterminación e interinidad; en ese vivir en precario del actual mundo posbélico radica la mácula más prominente y al propio tiempo más paralizante.

Se disculpa, en incluso se justifica, que en la conciencia del espectador se instale el desánimo, que, prorrogado, puede convertirse en una especie de antesala, aún más que de la resignación.

del fatalismo, y frente a cuyo posible imperio parecen inútiles todos los ademanes de *disconformidad* y *enderezamiento*. Pero, filtrándose a través de ese angustioso panorama, parecen brindárse nos rayos lumínicos de esperanza, susceptibles de aminorar nuestra creciente inquietud; es así como asoma una consideración que pudiera ser formulada del siguiente modo: el hombre, a menos de traicionar una inclinación susceptible de conducirle al encauzamiento de su destino, y si no quiere incurrir en el imperdonable delito cual sería el desertar de su misión específica, debe preferir, al mal de la desolación, la imposición de un sacrificio que lo lleve a inquirir con ahinco en torno suyo, aun cuando la tarea que así se adjudique lo adentre en las sombrías zonas del tormento.

En realidad no existe actualmente un solo sector del mundo posbélico respecto del cual sea dable aseverar que en su seno no hayan logrado instaurarse fuerzas susceptiblemente estabilizadoras, pero nos parece no menos evidente que la inestabilidad se ha entronizado de modo más acentuado en determinados sectores de la tierra. Si mentalmente establecemos contacto con los sectores del mundo donde el proceso de inestabilidad y dispersión se nos ofrece con signos de evidente agudeza, tal vez deduzcamos que tal fenómeno se nos brinda en una triple dirección: 1.º, Estados que han ascendido a la categoría de entidades soberanas, bien con posterioridad al año de 1945, ya en el período que antecedió al estallido de la segunda guerra mundial; 2.º, naciones que a lo largo de los cuatrocientos últimos años han encarnado un protagonismo que, por ser a la vez perdurable e incompañado por otros Estados menos afortunados, fué considerado por quienes lo usufructuaban como beneficio definitivo e intransferible; 3.º, entidades que, empujadas por los acontecimientos, se vieron situadas en el primer plano de la dinámica política internacional, coyuntura que alguno de ambos titulares valoró como posibilidad de alcanzar finalidades de volumen universal, y que para otro de los beneficiados constituía tan sólo motivo de una perplejidad que no parece aminorarse en la misma medida en que el tiempo se sucede.

Indudablemente restan otros sectores del mundo, no susceptibles de ser incluidos en la precedente enumeración tripartita, pero hasta el presente su posible proyección no cuenta como elemento, más o menos determinante, de la política internacional, actualmente en período de realización. Analizar aquí lo que repre-

sentan los tres factores reseñados excedería ampliamente del espacio a nuestra disposición, por cuyo motivo, y sin perjuicio de considerar en su día los otros dos aspectos del problema, queremos hoy limitar nuestra tarea a la consideración del primero de los tres elementos más arriba enumerados.

En lo que hace relación a las naciones más o menos recientemente manumitidas, tan sólo nos proponemos aludir a una porción específica de las mismas, que por uno u otro motivo bullen perceptiblemente en esta etapa de indeterminación posbélica. Aludimos genéricamente a lo que George F. Kennan denomina mundo interpuesto, segregando de tal mención abstracta aquellos pueblos no incluidos en el amplio sector que geográficamente arranca del Golfo Pérsico y llega hasta las riberas del Atlántico y a las costas centrales y occidentales del Mar Mediterráneo. Los puntos terminales de esa planeada comunidad árabe serían Irán y Libia, aun cuando la primera nación citada no formó parte del Pacto de Liga Árabe, concluído en El Cairo el 22 de marzo de 1945. Esta agregación regional, la primera que aparece en el orden del tiempo en este período posbélico, acaso nos brinde el ejemplo del peligro que se corre cuando se patrocinan organizaciones de tipo prematuro. Ello se explica, aun cuando no se justifica, si tenemos presente que la misma impaciencia que condujo a algunos pueblos, políticamente supeditados, a proclamar su independencia, sin medir adecuadamente en lo relativo a su grado de capacidad política, fué también acicate para caer en el grave riesgo que denominaríamos achaque de ilusionismo; en este caso concreto el exceso de ilusiones puede constituir antesala de una notoria medida de carácter audaz y prematuro; ello dimana de que no se deparase al posibilismo el lugar que debería habersele reservado. Las consecuencias de esas improvisaciones saltan a la vista: en la actualidad la Liga de los Estados Árabes atraviesa por un período de honda crisis, como lo evidencia el hecho de su reciente dispersión, referida, de un lado, a la constitución del pacto sirioegipcio y, de otro, a la creación de un sistema federativo jordanoiraquí; todo ello conectado a la posición espectante del Líbano y a la situación, a la vez marginal e indecisa, de la Arabia Saudita.

Acaso no sería adecuado sostener tajantemente que estamos asistiendo a un proceso dispersivo del mundo árabe, ya que tal vez se trate de un reajuste que provea de posibilidades biológicas a lo que parece haber sido fruto de una notoria anticipación. Sin

embargo, la consideración que precede acaso precise de un complemento, y es el siguiente: los pactos regionales concluidos en el actual período posbélico obedecen generalmente a una de las dos siguientes motivaciones: o esos convenios se concluyen al objeto de aunar fuerzas, destinadas a hacer frente a un peligro exterior, o se ultiman con el objeto de yugular elementos de disociación que hacen acto de presencia en el área abarcada por el pacto regional. En lo que atañe a la Liga de los Estados Arabes, pudiera decirse que participaba de ambos motivos determinantes: de un lado, porque la prueba de que existía disparidad en el seno de esa organización la brindan lo pactado primeramente en El Cairo y posteriormente en Bagdad; de otro, porque se trataba de poner término a un proceso de dispersión de soberanías extrañas (hasta 1914 la de Turquía, y a partir de 1919 del sistema de los mandatos internacionales). Ahora bien, hablar genéricamente de peligro exterior equivalía a introducir un notorio elemento de indeterminación en las finalidades asignadas a la Liga Arabe, ya que tal amenaza podía provenir de dos orígenes distintos: del mundo colonialista o de la U. R. S. S. Contribuyó, si no a eliminar, cuando menos a atenuar dicha perplejidad, la acción coercitiva de Francia e Inglaterra sobre Egipto en el otoño de 1956; ello proveía de base dialéctica a los que esgrimían como tesis la de un posible y condicionado acercamiento a Moscú, alegando que las inclinaciones colonialistas seguían constituyendo un peligro en estado de latencia, transformado en actuante cuando las circunstancias permitiesen esa recidiva. Prueba de que la alusión al peligro imperialista exterior se polarizaba cada vez más en dirección al mundo libre es que Rusia fué la única participante en los diálogos officiosos y un poco espectaculares del Cairo del otoño de 1957. Así, progresivamente, la inclinación hostil hacia una parte del mundo occidental registrada en los medios sirios y cairotas, se acentuaba perceptiblemente. Esa opción se traducía en otra consecuencia: afectar a la viabilidad dialéctica del sedicente neutralismo activo, que así se relegaba a la condición de letra muerta.

Acaso el más grave error en que incurrieron los que se han erigido en portavoces del mundo árabe radicaba en una circunstancia: que el neutralismo, en cuanto posición equidistante respecto de la discrepancia existente entre Washington y Moscú, sólo podía calificarse de factible si esa denominada tercera fuerza, hacia cuya

instauración se tendía, encontraba su adecuado complemento en un efectivo instrumento de defensa. En este sentido conviene no olvidar que también en algunos sectores del mundo occidental europeo hacia acto de presencia la tesis que aspiraba a proveer a quienes la sugerían de medios adecuados para liberarse del dilema Washington-Moscú. Esa posible concordancia entre el mundo occidental europeo y la región árabe introduciría en el Oriente Medio un poderoso elemento de equilibrio. Pero algo se oponía a la práctica de tal conexión: la condición de potencias colonialistas, referida a algunas naciones occidentales, especialmente a Inglaterra y a Francia, reproche fortalecido por la acción bélica desencadenada por ambos países sobre tierras faraónicas. Descartada la posibilidad de cooperación entre el mundo árabe y las citadas naciones europeas, aún restaba otro remedio, consistente en aprovechar las ofertas norteamericanas, brindadas por una nación a la cual honestamente no podía imputársele la condición de potencia colonialista. Ello explica la aparición de la doctrina Eisenhower, e igualmente se disculpa que, al ser formulada, muchos prendieran sus esperanzas en las posibilidades de encauzamiento que ofrecía la ayuda brindada al mundo árabe por el Presidente norteamericano. Otras circunstancias parecían fortalecer dialécticamente la tesis que antecede: a la intervención decisiva de los Estados Unidos se debió el que Francia e Inglaterra retirasen sus fuerzas militares de Egipto, evacuación que explícitamente debía generar una reacción de simpatía y reconocimiento por parte de los Estados árabes. Pero la política internacional no siempre se desenvuelve atendida a preceptos lógicos, y en este caso, más que el peso y la proyección de la doctrina Eisenhower, acusó su impacto un motivo generado en el seno de lo que había sido Liga de Estados Arabes de 1945: la circunstancia de que Irak perteneciese al Pacto de Bagdad y se resistiese a las presiones provenientes del Cairo, dirigidas a lograr la desafección iraquí respecto del citado Pacto, y para proveer de aparente verosimilitud la referida versión, se hacía notar que del convenio de Bagdad formaba parte una potencia oriental —Inglaterra— y que los Estados Unidos, sin ser signatarios del citado Pacto, ello no obstante, ofrecían muestras reiteradas y evidentes de su deseo de ver prorrogado y fortalecido el mencionado convenio. Es así como, mediante el respunteo de esa serie de factores reseñados, pudo suprimirse toda nota diferencial entre Inglaterra y Norteamérica

y fué dable alimentar una visible ofensiva dialéctica, condenatoria de la doctrina de Eisenhower.

En las líneas precedentes no hemos intentado justificar la posición adoptada por aquel sector del mundo árabe que actúa inspirado en las iniciativas cairotas; nuestro propósito era muy distinto, ya que a lo que aspiramos es a indagar respecto a si realmente puede ligarse la actual política internacional al sedicente neutralismo activo, o si, por el contrario, éste, indirectamente, ha sido barrido de la escena diplomática, quedando reducido, en última instancia, a una inclinación perceptiblemente orientada hacia Rusia. Sería arriesgado tomar posición concreta respecto de tal extremo; además, no parece necesario el que actuemos a guisa de clarificadores, ya que nuestro propósito es muy otro y se reduce a indagar respecto del grado de confusión imperante en el mundo posbélico, y ahora, concretamente, en el amplio sector del Oriente Medio, ya que sólo realizada esa previa tarea estaremos en condiciones de preguntarnos si esa situación imprecisa y, como tal, inquietante, seguirá ofreciéndose como táctica pendular, o si, por el contrario, llegará el momento en que será imposible prorrogar tal situación incierta. En ese período procesal nos encontramos actualmente, y acaso no constituiría medio adecuado de liberarnos de esta complejidad interrogar a los que han constituido la República Árabe Unida, respecto a cuáles son sus designios y hacia dónde dirigen sus pasos, ya que probablemente no alcanzaríamos otra respuesta que la de considerar extensible nuestra perplejidad a los que, situados en ese sector del llamado mundo interpuesto, ignoran acaso cuál será en definitiva su puerto de atraque. Un diálogo puede ser eficiente aun cuando exista abierta disparidad entre los colocutores, pero tal coloquio carece de razón de ser cuando los que polemizan son incapaces de caracterizar satisfactoriamente cuál es exactamente su respectiva posición dialéctica. Esta atmósfera de evidente confusión, si se prorroga, puede transportar en sus entrañas toda suerte de riesgos, que, aun diferidos, beneficiarían en su potencialidad a la nación que ha probado reiteradamente cómo la imprecisión en la esfera internacional sirve como adecuado artillugio para retener en sus manos la iniciativa y orientar así el proceso de los problemas en su propio beneficio.

Hasta aquí hemos dispensado atención a alguno de los extremos integrantes del problema que estamos enjuiciando, pero tal versión pecaría de incompleta si no hiciésemos referencia específica

de otro elemento de orientación, que no carece de relevancia y que acaso pueda contribuir a la clarificación del pleito. Aludimos a la conferencia de Estados norteafricanos, que habrá de reunirse en Accra en los días terminales del mes de abril en curso, y en la cual estarán oficialmente representados ocho Estados del llamado Continente negro. Las características que dan específica fisonomía a tal conferencia merecen ser destacadas, no sólo por lo que representan en sí mismas, sino en cuanto contraste con otras asambleas que la precedieran en el orden del tiempo (las conferencias de Bandung y del Cairo, de las cuales la primera abarcaba una pluralidad de Estados afroasiáticos, y la segunda diera albergue a representantes, más o menos efectivos, de países no todos ellos pertenecientes a esa comunidad, por cuanto en El Cairo desempeñaran función preponderante los delegados de la U. R. S. S.)

En Accra, abstracción hecha de que los delegados serán oficiales, lo cual les asigna una visible característica de responsabilidad, pertenecen todos ellos a un determinado sector geográfico del Continente africano, y su inclusión en una zona topográficamente limitada hace posible que afloren preocupaciones, no vagas e imprecisas, sino referidas a problemas concretos. Al propio tiempo, se registra otra característica: la ausencia, tanto de representantes del mundo europeo, cuanto de prolongaciones de la Europa abarcada por el sistema de la satelitización, así como del gran Estado satelitizante. De ahí una consecuencia: en Accra no van a constituir elementos irremplazables de orientación los desprendidos del sedicente dilema Oriente-Occidente, sino que el problema parece destinado a centrarse en torno a dos criterios esenciales: a saber, el neutralismo activo de inspiración egipcia, y una posible tesis abogando la práctica de una política internacional auténticamente equidistante del Este y del Oeste. Aun cuando pudiera pensarse que las dos apuntadas propensiones sustancialmente son de posible acoplamiento, sin embargo, la diferencia entre ambas nos parece sustancial, por cuanto, así como el denominado neutralismo activo nos parece cobijar a la vez un propósito de alejamiento respecto del mundo que en la jerga cairota se denomina imperialismo colonialista y un acercamiento a Rusia, por el contrario, la posición de equilibrio respecto de los dos mundos disidentes parece primar, especialmente, en los medios políticos de Ghana. Al propio tiempo no debe desdeñarse otra consideración: que en Accra se registre un nuevo síntoma del pro-

ceso que está a la vista y que tiende a lograr la internacionalización del problema argelino. Bien se nos alcanza que Francia es opuesta a tal internacionalización, atendida a la tesis inelástica de que cuanto acontece en Argelia constituye un problema de tipo doméstico; ahora bien, sin desdeñar lo que la tesis francesa pueda tener de excusable, consideramos que los acontecimientos nos empujan irremediabilmente hacia tal internacionalización, y ello ateniéndonos a consideraciones evidentes. Si en Accra se aborda el problema concerniente a la posible constitución de la unión norteafricana, de la misma no puede ser excluida Argelia, especialmente si los delegados marroquíes y tunecinos concurren a la conferencia de Accra portadores de algún proyecto concreto sobre tal extremo, que, caso de ser debidamente perfilado, podía transformarse en tema central de la mencionada conferencia. Verosimilmente, la posición dialéctica de los delegados cairotas y la de los representantes del Sudán, Ghana, Marruecos y Túnez no se ofrece hasta el presente como más o menos coincidentes; se producirán discrepancias, y la valoración y respectiva proyección de las mismas nos dará la medida en lo que atañe al modo de plantearse y resolverse el problema de la unión norteafricana. En este sentido, la conferencia de Accra no podrá revestir el carácter escénico y propagandístico de la precedente reunión cairota, ya que toda inclinación que se exteriorice con propósitos de concreción elimina la posibilidad de otorgar protagonismo a resoluciones sonoras, que tan evidentemente contribuyen a nutrir dialécticamente una confusión que, por destino, favorece a los sembradores de inquietudes.

Desearíamos que las anteriores consideraciones no fuesen interpretadas en el sentido de que, a nuestro entender, en Accra van a ser resueltos problemas de integración africana que no consideramos suficientemente maduros para alcanzar ese epílogo. Lo que nos interesa consignar es sustancialmente lo que sigue: en Accra se ofrece una posibilidad al mundo posbélico; la de abordar, abarcados quienes van a reunirse, por una evidente preocupación de responsabilidad, problemas que tan medularmente afectan al porvenir de las naciones africanas representadas en Accra; la ausencia de representantes de los dos sectores disidentes del Este y del Oeste posibilitará un diálogo sin el *handicap* de presiones exteriores, como no sean las portadas por quienes, a través del sedicente neutralismo activo, actúan en el sentido de distanciar al mundo afri-

cano de la proyección occidental; quienes más cumplidamente evidencien que no actúan al dictado, directo o encubierto, de terceras potencias, podrán apoyarse en consideraciones muy difíciles de rebatir. Estamos, por tanto, enfrentados con un trance acaso decisivo para esos pueblos africanos que van a encarar el problema de auténtico destino; a su alcance tienen el medio de justificar el por qué aspiran a encarnar un condicionado protagonismo, y si logran extraer adecuado provecho de tal coyuntura la lección no sólo aprovechará a los congregados en Accra, sino que habrá de ser tenida muy en cuenta por los sectores dirigentes del mundo libre, tanto en aquellos donde se aprecia una evidente resistencia a desprenderse de añoranzas metropolitanas, como de los que, atentos a una inclinación anticolonialista, no han sabido dosificarla en la medida necesaria que los libere de un dilema paralizante y sólo eliminable si se logran armonizar los deberes de solidaridad, de los cuales no puede departirse el mundo libre, con la necesidad de no apoyar incondicionalmente reminiscencias coloniales, cuya inhumación estimamos necesaria, si es que evidentemente se piensa poner término a esta situación confusa e incierta, que tan acentuadamente viene paralizando la puesta en práctica de una política defensiva, frente a otro imperialismo, acaso menos invocado, pero incuestionablemente más peligroso que el achacado a alguna de las naciones del mundo libre.

Si después de aludir al Oriente Medio trasladamos nuestra atención a ese sector de Africa, cuyos delegados habrán de reunirse en Accra, fué con el objeto de llamar la atención sobre las notas diferenciales que deben distinguirse en lo que atañe al mundo colonial o semicolonial o recientemente manumitido. Lo que pueda ser la conferencia de Accra, aun cuando pertenece al futuro impredecible cuando escribimos estas líneas, no podrá incluirse en la línea dialéctica de las reuniones de Bandung y El Cairo; ello quiere decir que, aun dentro de sectores generalmente concebidos como afectados por cierto parentesco, es prudente no generalizar, a menos de establecer consecuencias que incrementen la desorientación imperante.

Esa amplia zona africana, cuyos delegados van a reunirse en Accra, difiere de la correspondiente al Oriente Medio, y ello por tres motivos: es más reciente la instalación del poder soberano en Nordáfrica, no asoma hasta el presente un país afectado por ansias de dirigismo ni existen en su área riquezas tan codiciadas

como las contenidas en la región del Oriente Medio. Por cuyos motivos la proyección de los dos grandes disidentes posbélicos es mucho más perceptible en el Oriente Medio. Aludimos, naturalmente, a lo que representa el mundo árabe en cuanto área que encierra ricos yacimientos petrolíferos, dato este último que debe ser tenido en cuenta para aclarar lo comprensible e incluso lo a primera vista inexplicable. El Oriente Medio, en trance de evolución, probablemente sostendrá su condición como uno de los centros neurálgicos del mundo posbélico. Más que alegaciones, consideramos que unas cifras, relacionadas con el problema del petróleo en el Oriente Medio, contribuirán a esclarecer la confusión reinante en un sector del mundo donde, de una Liga creada en 1945, hemos asistido a su dislocación en 1958, encontrándonos ahora tal vez en el período de su posible reajuste.

Las reservas mundiales de petróleo se cifran en 28.000 millones de barriles, riqueza distribuída del siguiente modo: 55 por 100, en el Oriente Medio; 20 por 100, en América del Norte; 15 por 100, en la U. R. S. S., y 8 por 100, en Hispanoamérica; el 2 por 100 restante procede de pequeños yacimientos situados en África, Asia y Europa; esta última cuenta tan sólo con el 0,5 por 100 de la producción mundial. En lo que atañe a los yacimientos petrolíferos del Oriente Medio y a su importancia, conviene recordar que en el tráfico entre el Mar Rojo y el Mediterráneo, a través del Canal de Suez, entre las mercancías transportadas, el petróleo figura en primer término, con 67 millones de toneladas en 1955; por los oleoductos sirios se transportaron 50 millones de toneladas en 1955. En contraste, la producción del petróleo bruto en Europa sólo cubre el 7 por 100 de sus necesidades; el resto (93 por 100) llega, en su inmensa mayoría, del Oriente Medio, y sólo en reducida proporción de Venezuela.

Ahora bien, el problema no sólo se plantea a la Europa occidental, sino que, como vamos a ver, alcanza también a los Estados Unidos. Norteamérica extrae de sus yacimientos el 49 por 100 de la producción mundial, pero como consume el 54 por 100 de la producción universal, el déficit tiene que enjugarlo mediante importaciones, a las cuales habrá de recurrir, cada vez en mayor proporción, a medida que el tiempo se suceda.

Así resulta que Europa no sólo está supeditada al petróleo del Oriente Medio, sino que le afecta igualmente el problema del transporte a través del Canal de Suez y a lo largo de los oleoductos

instalados en territorio sirio; ambos medios de exportación están hoy controlados por un solo Estado (la República Árabe Unida), y tal circunstancia representa para el Viejo Mundo un motivo de inquietud, tanto en el supuesto de que en aquella zona se produzca una grave crisis (como la registrada en el otoño de 1956 y el peligro latente de un conflicto con Israel), cuanto la posibilidad de que un día se decrete en Irak, Irán y Arabia Saudita la nacionalización de sus respectivos yacimientos. Tal medida no debe incluirse en la categoría de lo improbable, ya que tras la experiencia registrada al decretar Nasser la nacionalización del Canal de Suez, este precedente puede constituir un estímulo, no sólo porque ha cristalizado visiblemente, sino en cuanto ha contribuido a fortalecer la posición y el prestigio del Jefe de la República Árabe Unida. No olvidemos que antes de Nasser, Mussadek había creado una situación difícil en Irán, al intentar el desahucio de la Anglo-Persian.

Bien se nos alcanza que la apuntada nacionalización constituye un arma de dos filos, ya que si, de un lado, situaría en manos de los países árabes una riqueza hoy controlada por compañías extranjeras, de otro, podría plantear un serio problema a los incautadores, para los cuales la seguridad y regularidad de sus exportaciones constituye elemento básico e insustituible de su estabilidad económica. Todo lo cual nos hace pensar en la conveniencia de hallar una fórmula que pueda otorgar recíproca y condicionada satisfacción a los países productores, transportistas y consumidores. Ahora bien, si un día llegase a ultimarse un acuerdo aceptable para ambas partes, no por ello se habrían eliminado las inquietudes, ya que en el supuesto de una crisis —no descartable— en el Oriente Medio podrían verse afectados esos arreglos e interrumpida, durante un lapso de tiempo más o menos largo, su ejecución.

Hasta aquí, atentos a nuestro deseo de penetrar en esa zona confusa del Oriente Medio, hemos centrado nuestra atención en las relaciones de la Europa occidental (continental o insular) con el Oriente Medio, pero tal exposición pecaría de incompleta si no aludiéramos igualmente al problema en su conexión con los Estados Unidos. Norteamérica, como encarnando la tendencia anticolonialista, ha padecido reiteradamente crisis, porque se imponía la compleja tarea encaminada a establecer un imprescindible equilibrio entre sus inclinaciones anticolonialistas y la necesidad de no

mantenerlas de modo tan rígido que ello implicase el entorpecer su imprescindible colaboración con el mundo libre, y especialmente con Francia y Gran Bretaña, ambas titulares de dos extensos imperios coloniales. Mas hablar genéricamente de colonialismo no es lo mismo que abandonar esa zona de las imprecisiones y especificar lo que, en definitiva, debe entenderse por anticolonialismo, ya que quien dice practicarlo, absorbido por la preocupación de interpretarlo en el puro sentido político, ignora que existe otro colonialismo, acaso más censurable que el entendido en el modo clásico, y a cuya eliminación se tiende. Nos referimos al que se practica en el orden económico, mediante la actuación de omnipotentes compañías explotadoras, instaladas en países donde los Estados Unidos precisamente han obtenido autorización para instalar bases militares. Tal es el caso de Norteamérica en lo que hace relación a la Arabia Saudita, donde actúa un poderoso trust petrolífero norteamericano: la ARAMCO. ¿Cuál sería la reacción de Washington si un día lograra Nasser atraer al seno de la República Arabe Unida a la Arabia Saudita y, alcanzada esa inclusión, se presionase en el sentido de precipitar un proceso tendente a la nacionalización de las fabulosas riquezas petrolíferas sauditas? No parece probable que los Estados Unidos permaneciesen inactivos ante tal medida, y si intentaran neutralizarla en sus efectos o incluso transformarla en impracticable, ¿no estaríamos situados frente a una reacción de claro sentido colonialista y de notorio imperialismo económico? Formular tales preguntas vale tanto como incitar a la prudencia dialéctica y a la mesura procesal a cuantos, desde la otra orilla del Atlántico, se consideran, acaso de buena fe, como encarnando la tesis del anticolonialismo, posición dialéctica que debería ser revisada inevitablemente en el supuesto de que la tendencia nacionalizadora se abriese paso.

Admitir que los problemas internacionales en la hora presente son acusadamente complejos debe constituir punto de partida para formular toda posible exégesis, si es que no queremos incurrir en contradicciones que afectarían a la firmeza polémica de la política internacional realizada por una gran potencia. En contraste, el camino, cómodo en apariencia, salpicado de generalizaciones o respunteado por lugares comunes, más o menos sonoros, corre el riesgo de convertirse en ruta tortuosa y de muy difícil recorrido. Entre la generalización sistemática y la confusión se

ofrece un nexo que sería peligroso ignorar. Por ello, en las líneas que anteceden hemos intentado ofrecer al que leyere una interpretación realista de los problemas o, si se prefiere, una exégesis inspirada en consideraciones de posibilismo. Departirse de tal prudente inclinación equivale a erigirse en artífices del incremento de las imprecisiones, y no conviene olvidar que en la fluidez extremada y en los sistemáticos zigzagues ha encontrado Rusia caldo de cultivo adecuado para nutrir dialécticamente el sistema de la «guerra fría» o la técnica de las duchas escocesas, por cuya aplicación sienten tan acentuada debilidad los dirigentes o el dirigente de Moscú. Bien se nos alcanza que las coyunturas en política internacional no se ofrecen en el mismo grado a los practicantes de la misma, pero ello no obsta para que cada uno de los respectivos protagonistas cuide de no malograr las posibilidades que se le brinden y evite servir en bandeja a su oponente probabilidad de galvanizar su inquietante dirigismo.

LA DIALÉCTICA DEL NUEVO AUTÓCRATA

Siempre que se registra una alteración en el sector dirigente de la U. R. S. S. inevitablemente se especula desde el mundo libre, tratando de inquirir cuáles puedan ser las consecuencias de la mutación decretada, por lo cual nada tiene de inesperado el que se nos ofrezcan variadas cábalas en lo que se relaciona con la decisión adoptada por el Soviet Supremo al acumular en la persona de Nikita Sergueievitch Khrushchev los cargos de secretario del partido y Jefe del Gobierno de la U. R. S. S., pluralidad que precedentemente recayera en la persona de José Stalin. Así se nos ofrece el epílogo, no sabemos si irreformable, del sistema colegiado que había sido instaurado por Khrushchev como reacción condenatoria del culto a la personalidad. Puede causar extrañeza el considerar cómo el hombre del antipersonalismo logró, en definitiva, el éxito que supone la vuelta a la personalización. Considerar que estamos asistiendo a un cambio sustancial en la estructura del aparato político ruso no lo estimamos aconsejable, ya que de producirse en tal sentido equivaldría a ignorar que Bulganin, en cuanto inevitable acompañante de Khrushchev en sus sucesivos desplazamientos, más bien se nos parecía, sea como una figura decorativa, ya como el dispensador de sonrisas, bien como el to-

zudo redactor de misivas, que, profusa y adecuadamente distribuidas, contribuyeran a provocar una visible perplejidad entre los destinatarios e incluso a sembrar unas cuantas contradicciones en el seno del mundo libre.

Actualmente parece anteponerse a toda otra inquietud la de inquirir respecto a cómo la acumulación de poderes lograda por Nikita puede reflejarse en el modo de articular la U. R. S. S. su política internacional. Acaso menguaría tales preocupaciones el tener en cuenta dos consideraciones fundamentales: de un lado, el que Rusia, desde 1917, persigue la realización de una finalidad que parece inalterada: la comunización del mundo, realizada con ambición ecuménica y llevada a cabo como instrumento de un sistema previamente rusificado y atenido acaso, aún más que a una versión rígidamente marxista, a un mesianismo típicamente eslavo; como complemento de lo que antecede conviene no desdeñar otro elemento de orientación, y es el de que Rusia, desde que fué conocido el testamento, apócrifo o legítimo, de Pedro el Grande, es acaso de todas las grandes potencias aquella que más se ha atenido, consciente o instintivamente, a la práctica de normas internacionales inspiradas en consideraciones geopolíticas, punto de apoyo para construir sus constantes históricas en política internacional. Es cierto que Rusia, en los años que subsiguieron a la revolución de 1917, parecía inclinada a truncar esa ancestral trayectoria, entregándose al cultivo de la autarcía y dedicada a organizar lo que entonces se denominaba su inmenso océano interior. Pero ese cambio de rumbo no se entrevió con propósitos de indefinida prolongación; constituía más bien el cimiento imprescindible para apoyarse en su consumación y reemprender, con incrementado ímpetu y más perceptibles posibilidades de éxito, la enorme empresa de dotar a su política internacional de ambición ecuménica. No fué tarea fácil la que Rusia se propuso llevar a cabo, por cuanto la revolución de 1917 no conoció la definitiva clausura, habida cuenta de que, de tiempo en tiempo, se registraban crisis políticas en el seno de la U. R. S. S., indefectiblemente seguidas de eliminaciones y depuraciones llevadas a cabo sin titubeos ni timideces, más bien con drástica impiedad. Inevitablemente, dichas crisis, más o menos periódicas, repercutían en la esfera internacional, y a las mismas se atenían los dirigentes soviéticos, cultivando un condicionado posibilismo. Así hemos asistido a etapas que registraban el incremento de la inclinación coexistencialista.

y en otras ocasiones hacían acto de presencia reacciones menos coordinadoras en lo que a las relaciones de Rusia con el mundo exterior afectaba. Se alteraban las tácticas, pero, en definitiva, las mutaciones obedecían a un circunstancialismo que no alteraba lo que constituía los designios finalistas de la U. R. S. S.

Acaso para el denominado mundo libre la etapa histórica más desprovista de serias preocupaciones fué aquella en que Rusia, entregada a la práctica del marginalismo, no planteaba el angustioso problema de sus relaciones con el mundo extrasoviético, pero como tal secesión estaba vedada a una gran potencia, necesariamente debió sonar en el reloj de la historia la hora del diálogo, y con la aparición del problema engendrado por la circunstancia de que los colocutores sabían de antemano que su camino tendido hacia el futuro no podía ser coincidente. Si nos atuviésemos al discurso pronunciado el 26 de marzo ante el Soviet Supremo por el mariscal Vorochilov, deduciríamos que torna a cobrar fortaleza la tesis de la coexistencia pacífica. Decía Vorochilov que la U. R. S. S. lucha sin discontinuidad «en favor de la tregua internacional y de la realización de la política de coexistencia pacífica de todos los países». «Estamos persuadidos —agrega Vorochilov— de que en el porvenir Khrushchev proseguirá la lucha en favor de la paz.»

Aun cuando, una vez más, se alude a la política internacional de pacífica coexistencia, ello no obsta para que perdure la indecisión respecto a lo que significa ese tan propugnado coexistencialismo. Si se caracteriza como sistema que posibilite la convivencia de regímenes políticosociales discrepantes, ello significa que se trata de instaurar un *modus vivendi*, y no de la solución del problema planteado; no sería lo que los franceses denominan una *entente*, sino, a lo sumo, una *detente*. Pero lo que importa determinar es si una vez lograda la atenuación del dilema Washington-Moscú puede ello constituir punto de partida para alcanzar un epílogo no tan conectado al actual episodismo. En cualquier caso se trata, nada menos, por parte de Rusia, de admitir como base de discusión la admisión del actual *statu quo* territorial o político, lo cual equivale a reconocer como consumada e irreformable la adscripción a Rusia, tanto de los países satélites cuanto las anexiones territoriales impuestas a expensas de Polonia, Prusia Oriental y países bálticos. Es el propio Khrushchev quien lo propugna al decir recientemente en Budapest que los problemas

concernientes a la Europa oriental no deben ser abordados en la proyectada conferencia de alto nivel, y las razones que aduce en apoyo de tal exclusión están contenidas en la alegación siguiente: «Tal discusión constituiría una interferencia en los asuntos internos de otros países y nadie tiene derecho a penetrar en el jardín de su vecino sin permiso». Nótese que es el propio Nikita quien dice que «el mes de octubre de 1956 marca un giro decisivo en la política internacional», afirmación exacta desde el punto de vista ruso, ya que en esos días otoñales de 1956 los tanques rusos reinstalaron en el poder un régimen político, a la sazón derrumbado por una revolución popular. Sería curioso saber qué es lo que realmente entiende el autócrata ruso por interferencia en asuntos internos y si estima que la presencia y acción decisiva de las tropas rusas en Hungría constituye o no la más condenable de las intervenciones liberticidas. ¿Con qué títulos interviene Rusia para aplastar un movimiento nacional liberador? Por alegar algo se invocaron a la sazón las disposiciones del Tratado de Varsovia de 14 de mayo de 1955, pero en ese citado pacto se habla precisamente del «respeto a la soberanía e independencia de los Estados» (preámbulo, párrafo 5.º), y se refiere el artículo 4.º a «un ataque armado en Europa contra uno o varios Estados participantes en el Tratado, por un Estado cualquiera o un grupo de Estados»; es decir, se prevé el caso de agresión y ninguna de ambas condiciones concurría en los sucesos políticos registrados en Hungría en el otoño de 1956.

Si algo puede, lógicamente, desprenderse de las consideraciones anteriores, es el que Rusia requiere como condición *sine qua non* para participar en la conferencia de alto nivel, que nadie pueda poner en tela de juicio la legitimidad de la conversión en prolongaciones sometidas a la U. R. S. S., a los Estados que antes pertenecían a la categoría de entidades soberanas e independientes. Acaso un exceso de fariseísmo pudiera facilitar que se hiciese el silencio en torno al dramático problema de las naciones satelitizadas, pero ni siquiera ahora resultaría factible tan vergonzosa conspiración del mutismo, desde el instante en que Khrushchev advierte que no tolerará que tal problema pueda ser incluido entre aquellos que habrán de ser abordados en la conferencia de alto nivel, y si nosotros aseverásemos ahora que el sedicente coexistencialismo no es, en esencia, más que un sistema de capitulación gemelo de de aquel practicado en Munich en 1937, creemos no haber soste-

nido nada recusable, y si esto se considera evidente, no sería exagerado decir que la coexistencia, según la versión moscovita, sería algo semejante a las relaciones entre el amo y el siervo.

Puede ser cierto, como lo hace constar el Mariscal Vorochilov, que Nikita Khrushchev trabaja por la paz, pero nos parece no menos evidente que de la paz se han dado frecuentemente versiones adjetivadas; así hemos conocido lo que en otros tiempos se denominó *pax británica*; ahora lo que se intenta es que el mundo libre acepte lo que sería la *pax soviética*, tal y como fuera construída por la U. R. S. S.

Consideramos que este punible conformismo que se solicita del mundo libre, lejos de acercarnos a la instauración de una paz recíprocamente consentida, nos distanciaría de la estabilidad internacional, ya que estimamos inevitable que quien alcanza éxito en sus relaciones expansivas, fatalmente utilizaría tan vergonzosa avenencia, para proseguir en el camino de la expansión, sin límites en el espacio.

CAMILO BARCIA TRELLES